

Celaya y que las avanzadas se encontraban en la hacienda de la Estancia, casi á dos leguas de Querétaro; un espía avisó que por San Miguel de Allende se veía desfilar al ejército de Escobedo y poco después se anuncia que sus avanzadas llegaban á Santa Rosa, aldea á cinco leguas de Querétaro.

Entonces reúne Maximiliano un consejo de guerra; Miramón toma la palabra y pide que se salga al encuentro del enemigo y que se libre la batalla en la dirección de Celaya, antes de que se verifique la reunion de las fuerzas enemigas, promete la victoria si se adopta el plan que propone, es decir, atacar al enemigo en la Estancia con todas las fuerzas de infantería y artillería, mientras que las caballerías, volteando la posición por el Oeste, cargaban dirigidas por el general Mejía.

“Si vencemos, como estoy seguro, nos dirigiremos sobre las fuerzas que se presentan por el lado de Santa Rosa, las derrotamos como á las de Corona, y en dos días habremos salvado al Imperio.” Apoyaba resueltamente este plan el general Mejía quien, aunque enfermo, se ofrecía á coadyuvar con todas sus fuerzas; también lo aprobó el general Méndez. El general Márquez fué de contrario parecer; según él, era mejor esperar al enemigo y combatirlo cerca de la ciudad, que entregarse al acaso, pues en las circunstancias en que estaban el menor fracaso comprometía la causa que defendían. (1)

Maximiliano, á pesar de la oposición que la junta de guerra hizo al plan de Márquez, lo adoptó, y desde el siguiente día se desplegaron todas las tropas conforme al orden de batalla aprobado. En la extrema derecha, sobre el cerro de San Gregorio fué puesto el batallón de cazadores, que tenía la mitad de franceses y que más tarde tomó el nombre de batallón del Emperador, por la confianza que en él tenía Maximiliano. (2)

(1) Había, según Márquez, más seguridad de vencer al enemigo si éste venía á atacar las posiciones de los imperiales, que si ellos iban á asaltar las contrarias. “Son nuestros enemigos, dijo, superiores en número, en un combate á campo raso sus ocho mil caballos pueden envolver y destruir los tres mil que podamos oponerles. Tenemos aquí un excelente campo de batalla, apoyando nuestro centro en el cerro de las Campanas que se podrá fortificar con diez piezas de artillería; la derecha en el cerro de San Gregorio y la izquierda en la Casa Blanca; debiendo tomar en consideración que las fuerzas que atacaran, no encontrarían en las montañas que rodean la ciudad ningún otro campo de batalla.”

(2) El Príncipe, no obstante sus muchas contrariedades, siempre se mostraba afable y sereno; tan sólo le irritaba el recuerdo de los últimos actos políticos y militares de los jefes franceses, y la conducta que observaban en México sus ministros, á quienes criticaba que no pagaran á los empleados particulares que había dejado en la capital, ¡voy á reducirme á un criado, dijo, venderé mi caballo y andaré á pié, á fin de poder economizar algo que enviar á mis servidores.” Al principio de Marzo escribía á un sabio alemán: “En estos últimos días tentaremos fortuna, si el golpe sale bien espero veros pronto en México, si no, habremos combatido como valientes y probado que pudimos sostenernos más semanas que los franceses. Perecer espada en mano es la suerte posible, pero nada tiene de vergonzoso. Cuánto lamento que las ciencias de la paz no puedan florecer al lado del cuartel.

El día 4 de Marzo, abandonaban á Celaya las fuerzas que mandaba el general Corona, é iban á acampar á la salida de Apaseo, donde se detuvieron por orden del general Escobedo para marchar unidas con las del Norte sobre Querétaro. Se dispuso que el día 6 avanzara una fuerza hasta la Calera y las caballerías hasta la estancia de las Vacas y hacienda de Castillo. En la madrugada de este día, las tropas imperiales habían estado formadas en batalla al pie del cerro de las Campanas.

Los preparativos para resistir á los ejércitos republicanos se activaron en Querétaro, cuando en los primeros días del mes de Marzo se anunció la presencia de ellos frente á la ciudad, buscando el mayor número de probabilidades en favor de una batalla decisiva, pues se comprendía que habían llegado los momentos supremos.

El 5 de Marzo desembocaba el ejército republicano en el valle de Querétaro, en la confluencia de los caminos de San Miguel Allende y Celaya. Encontró á su frente y en ese mismo valle, formado en batalla al ejército imperialista, apoyando su derecha en el río, su izquierda en la hacienda de Casa Blanca y el centro en el cerro de las Campanas. Unas y otras fuerzas permanecían sin tomar la iniciativa para un combate decisivo. Después de tres días, los republicanos, aprovechando la indecisión de sus enemigos, hicieron un alarde militar efectuando una revista á tiro de los imperiales; celebraron la llegada de nuevos contingentes y en la noche del día 10 comenzaron á voltear los cerros de San Gregorio, San Pablo, Carretas, Cañada y Cuesta China, movimiento que indicó la intención de cercar á Querétaro. (1)

El ejército republicano, que al comenzar el sitio constaba de quince á diez y seis mil hombres, iba aumentando diariamente con refuerzos, de manera que al entrar á Querétaro llegó á treinta y dos mil con cien piezas de artillería; dividíase en contingentes por Estados, y creados sus batallones de prisa eran á menudo diezados por la desertión y debilitados por el robo de armas y vestuario, cuyas pérdidas se reparaban sin cesar por medio de la leva y por requisiciones de armas, caballos y objetos de equipo, aunque no los suficientes para evitar que la mayor parte de las tropas estuviera á medio vestir. En la caballería, que era numerosa, algunos escuadrones estaban bien armados, y otros se formaban de guerrilleros avesados á la lucha. El aspecto de las tropas republicanas produjo entre los imperialistas desden; las consideraban cual insurrectos que pretendían derribar una vez más al gobierno, sin

(1) Los días 13 y 14 de Marzo estaban los republicanos sobre las alturas de Carretas, Cuesta China y la Cañada, procurando voltear la posición de los imperialistas ú obligarlos á tomar otros nuevos puntos, en tanto que ellos se establecían sólidamente. Sospechando este plan los que defendían la plaza, presentaban el día 12 una nueva línea cuyo extremo izquierdo se apoyaba en el cerro de las Campanas y el derecho en el convento de la Cruz, línea que fué conservada durante todo el sitio.

La noche del 13 de Marzo la brigada de reserva ocupó el convento de la Cruz donde Maximiliano acababa de establecer su cuartel general, considerando que aquella altura venía á ser la llave de la ciudad, posición batida al día siguiente por los republicanos, cuyos primeros cañonazos fueron acogidos por los imperialistas con gritos de “¡Viva el Emperador!” y contestados con fuego de artillería.

observar que el ejército imperial adolecía de peores causas para su debilidad y desorganización.

El día 8 se presentaban los republicanos frente á Querétaro, y los generales Escobedo y Corona tenían una conferencia en San Juanico; el siguiente día se cambiaron los primeros tiros las fuerzas enemigas, por la garita de Celaya.

Al aproximarse á Querétaro el ejército republicano, á una legua de la ciudad, se les presentaron los imperialistas en batalla; pero se consideró imprudente aceptarla, pues que para cualquier evento tenían estos el inmediato refugio de la plaza rodeada ya de buenos reductos y convenientemente artillada. Escobedo consideró mejor establecer el sitio de la ciudad, con el principal objeto de apresar á Maximiliano y á los jefes superiores que aun intentaban prolongar la guerra en favor del Imperio. Se creyó por el gobierno republicano, que la ciudad se rendiría por hambre, siendo un axioma militar que los plazas sitiadas capitulan ó se rinden necesariamente, y era seguro que Querétaro no recibiría auxilios eficaces de la parte de afuera, estando la Capital del Imperio, foco de los grandes recursos, rodeada, y se podía considerar sitiada por las guerrillas y fuerzas de la parte oriental y Sur del país, sin disponer de fuerzas disciplinadas suficientes para formar un ejército que obligara al republicano á levantar el sitio. (1)

Cuando resolvió el Consejo de los generales, por mayoría, que el ejército imperial tomaría la ofensiva contra los republicanos, esperando solamente otros diez días la llegada á Querétaro del general Olvera, Maximiliano, queriendo evitar las consecuencias de la acefalía en el gobierno, en caso de que muriese en campaña, nombró el 11 de Marzo, una Regencia compuesta del Presidente del Consejo de Ministros Sr. Lares, del Presidente del Consejo de Estado, Sr. Lacunza y del general Márquez; cuyo decreto firmó Maximiliano en el cerro de las Campanas y lo refrendó el ministro García Aguirre.

El día 12 del mismo Marzo firmó igualmente Maximiliano su abdicación para el caso de que se le hiciese prisionero. La Regencia fué modificada por decreto del 20 de Marzo, firmado en el cuartel general de la Cruz, nombrando Presidente del Gabinete á Vidaurri, unido con Márquez y Lacunza, debiendo quedar la presidencia en manos de éste despues de ser entregada por los otros.

Varios generales, entre ellos Miramón, censuraron la conducta del jefe de Estado Mayor, atribuyéndola á ineptitud y aun representaron ante Maximiliano diciéndole: que se había cometido una falta militar al dejar que las tropas enemigas

(1) Uno de los episodios memorables de aquel sitio, fué la entrega de una bandera al batallón Iturbide. Una mañana el general Mendez se presentó al frente de ese batallón seguido de muchos jefes y oficiales pertenecientes á la brigada de reserva. En una alocución anunció Mendez á los soldados el honor que les estaba reservado; les mostró la bandera que el Emperador les confiaba para que la siguieran y defendieran hasta morir. Poco despues se presentó Maximiliano seguido del general Márquez y del Estado Mayor: tomó la bandera de las manos del general Mendez y presentándola á los soldados, les dirigió entusiasta proclama en buen castellano con ligero acento alemán, excitándolos á defender con gloria el Imperio y la Patria

se concentraran al rededor de la ciudad, á cuyo cargo contestó Márquez: "que ninguna falta se había cometido contra las reglas del arte militar, y que únicamente, cuando se había querido ir á atacar al enemigo en detalle, ya no era posible hacerlo." Miramón refutó estos conceptos, diciendo que desde que se trató de salir de Querétaro, hubo tiempo suficiente para haber impedido la concentración de los disidentes al frente de la plaza, y que haber hecho lo contrario constituía una falta contra las reglas del arte militar. En doce días de que dispusieron, se pudo, según el general Miramón, haber atacado la línea enemiga, débil por la grande extensión que abarcaba en cincuenta leguas de desarrollo.

Quedaron los imperialistas en presencia de un ejército cuatro veces superior al suyo y provisto de todos los recursos del territorio en que dominaba, teniendo fuera de su poder solamente á México, Puebla y Veracruz. Se aconsejó de nuevo á Maximiliano la retirada, designándole para ello el general Márquez el día 10 de Marzo, cinco días despues que los republicanos comenzaron la circunvalación de la plaza, para cuyo acto contaban, además de su numerosa infantería, con cuatro mil ginetes. Para la retirada tropezaban los imperiales con el gran obstáculo del tren de más de cien carros y el de la artillería; si seguían la planicie al Oeste de la ciudad, tendrían que luchar con la numerosa caballería republicana, y si buscaban el paso por las montañas que se elevan en otras direcciones, habría que desalojar á las infanterías enemigas que ocupaban posiciones ventajosas. Despues de haber salvado las dificultades al rededor de Querétaro, había que recorrer aún sesenta leguas por caminos muy accidentados.

Creyendo Maximiliano indecorosa la retirada, rehusó aceptar el proyecto que le proponía Márquez, y reunió un consejo de guerra para decidir lo que convenía hacer. La mayoría opinó que debía esperar aún diez días, tiempo que se calculaba emplearía el general Olvera en llegar á Querétaro al frente de algunas fuerzas procedentes de la Sierra, y que entonces se tomaría la ofensiva contra el enemigo.

Al concluir el consejo de guerra dijo Maximiliano: "La mayoría de esta reunión está de acuerdo para atacar al enemigo, y es precisamente la opinión que ha expuesto el general Miramón un cuarto de hora antes de que nos reuniésemos aquí. Solo no estamos de acuerdo en los medios que deben emplearse para tomar la ofensiva. Voy á emitir una opinión contraria hasta cierto punto, á lo que han manifestado los generales Mejía y Méndez. Hay ciertos momentos, como los actuales, en que la suerte de los Imperios debe dejarse á la suerte de una batalla. Triunfaremos seguramente, pero aun cuando sucumbiésemos, sería con honor. Por otro lado, un simple movimiento de nuestra parte que indique nuestra iniciativa, bajará la moral del enemigo y le hará comprender que en torno mío están los mejores generales del país." Sin embargo de esta opinión de Maximiliano, no se tomó la ofensiva y se atribuía tal conducta á la influencia que Márquez ejercía en el ánimo de Maximiliano.

Al ejecutar el ejército de Occidente el movimiento para situar en la Cuesta Chi-

na su cuartel general, Maximiliano trasladó el suyo del cerro de las Campanas al convento de la Cruz.

Estando el cuartel general en el cerro de las Campanas, se notó desde luego que en ello se había cometido una falta, por ser de los puntos más peligrosos. Allí Maximiliano se sentía gustoso de mostrar su valor ante las notabilidades militares que le rodeaban, resaltando su carácter de soñador y amante de la gloria. Cuando el enemigo aglomeraba grandes masas de soldados por el Oriente de la plaza el 12 de Marzo, fué trasportado el cuartel general al convento de la Cruz.

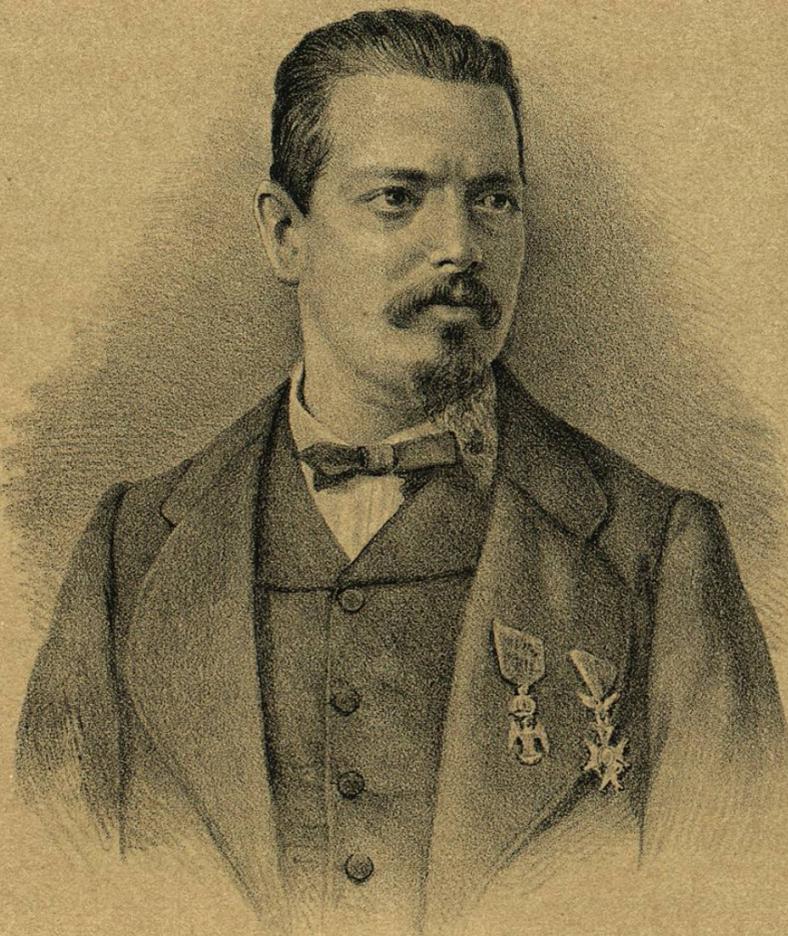
Los sitiados practicaron un reconocimiento, el 12 de Marzo, sobre el pueblo de San Pablo, á tres cuartos de legua de la plaza, formando su columna con 1,400 hombres del batallón de cazadores, el 7.º de línea y el regimiento de la Emperatriz; dispersaron la fuerza republicana y se posesionaron de las bóvedas y torre del templo, regresando á la plaza en son de triunfo.

Verificaron los sitiados el reconocimiento siguiendo el camino de San Luis para tomar las trincheras de la garita y la iglesia de San Pablo. Dirigió el general Castillo esa operación á la cabeza de una parte de la brigada que mandaba, conduciéndola vigorosamente y consiguió saber si el enemigo cargaba sus fuerzas por aquel lado según se sospechaba; los cazadores franco-mexicanos penetraron hasta el patio de la garita y desalojaron á los que la defendían aunque fué herido gravemente el coronel Villasana; en seguida se replegaron los imperialistas á las trincheras de la ciudad. (1)

Los republicanos intentaron á su vez dos días después, el 14, un ataque general y resuelto sobre todas las líneas de los sitiados, logrando penetrar hasta el panteón de la Cruz, cuyos defensores se encontraron muy comprometidos y con dificultad rechazaron á los asaltantes. El día 17 hizo otra salida el general Miramón sobre su derecha, con dos batallones y un cuerpo de caballería, se apodera de algunos cañones, clava otros y toma más de seiscientos prisioneros.

El ejército republicano sentíase cada vez más animoso, y restablecida completamente su moral, después de la evacuación del territorio mexicano por los franceses, del abandono que los imperialistas hacían de las plazas del Interior y por la victoria de San Jacinto; en cambio, en el ejército imperialista se conocía perfectamente el agotamiento de recursos y la necesidad de permanecer á la defensiva. Los republicanos tenían grandes esperanzas en el éxito, en el que habían creído siempre, aun en

(1) Ese cuerpo de Cazadores se formó con restos de los extinguidos batallones de Cazadores de México, compuesto de franceses y mexicanos, en cuya organización tanto dinero se gastó, y que se disolvieron al retirarse las fuerzas expedicionarias; los oficiales franceses que estaban en esos batallones, al abandonar el servicio de Maximiliano, ingresaron á sus respectivos batallones. En el batallón que aún quedaba en Querétaro, el elemento francés era considerable y también había algunos alemanes y polacos, que conservaron la organización francesa primitiva, sustituida poco á poco por la española y después por la prusiana que quiso establecer el príncipe de Salm-Salm y que modificó aún el comandante austriaco Pitner. Con tantas variaciones fué rebajada la disciplina de los cazadores, que llegaron á prescindir de toda regla de moralidad, aunque en cambio se batían con energía.



Coronel Francisco Redonet.

En la defensa de la Ciudad de Querétaro, sitiada por los Republicanos—de Marzo á Mayo de 1867—mandaba Redonet el batallón 3º de línea, perteneciente á las fuerzas imperialistas que hicieron la campaña en Michoacán al mando del General Ramón Méndez.—Tras los sangrientos y rudos combates que sostenían los sitiados, se presentó la divergencia de opiniones acerca del abandono de la plaza, asunto que exaltó los ánimos sobrenaturalmente. En junta de guerra se resolvió desocupar á Querétaro la noche del 14 de Mayo. Esta fecha pareció festinada al General Méndez, quien comisionó á Redonet para que, unido al General Castillo, obtuviesen de Maximiliano, que se dirigiera hasta el siguiente día 15 la salida del ejército sitiado. Redonet apoyaba la petición en la conveniencia que resultaría, de que el General Méndez dirigiera la palabra á los soldados de su antigua brigada, en cuyo caso este Jefe se hacía responsable del éxito de la salida. La petición fué acordada; pero los memorables acontecimientos en la madrugada del día 15, impidieron lo proyectado y arrollaron toda esperanza. El Sr. Redonet quedó prisionero en Querétaro, y después fué trasladado á México, donde continuó en la prisión hasta que el Gobierno acordó el definitivo destino de los que sirvieron al Imperio en puestos elevados.